

*Cruz
de doble filo*

FRANCISCO GARCÍA MARTÍNEZ

Edita:
Real Cofradía Penitencial de Cristo Yacente de la Misericordia y de la Agonía Redentora

©
De los poemas: Francisco García Martínez
Del texto introductorio: Asunción Escribano Hernández

Ilustración de cubierta: Andrés Alén

Colabora: Ayuntamiento de Salamanca. Fundación Salamanca Ciudad de Cultura y Saberes

Depósito Legal: S. 89-2016
Imprime: Valle 2020

ÍNDICE

I	[pág. 19]
II	[pág. 21]
III	[pág. 23]
IV	[pág. 25]
V	[pág. 27]
VI	[pág. 28]
VII	[pág. 29]
VIII	[pág. 30]
IX	[pág. 32]
X	[pág. 34]
XI	[pág. 35]
XII	[pág. 36]
XIII	[pág. 37]
XIV	[pág. 39]



AHORA TE HAN VISTO MIS OJOS

Esta vez “El poeta ante la Cruz” no cuenta sólo con un poeta, sino que los versos de 2023 emanan de una voz que conoce los vericuetos de la fe y sus preguntas. Este año quien se pone ante la Cruz es un teólogo que habla el lenguaje de los pájaros, lo que facilitará al poeta elevarse ante la especificidad de un acto eminentemente religioso como es este. Parto en esta introducción de una certeza: no se puede ser teólogo sin haber antes empapado los ojos –y la vida– en la poesía. No sé qué otra cosa puede ser el mensaje evangélico sino un gran poema, luminoso y esperanzado, que cruza –literalmente– la mente, la palabra y el corazón de cada hombre que se acerca a él para transformarlos. Por ello, no me extraña que Francisco García Martínez, doctor en Teología dogmática por la Universidad Gregoriana de Roma sea poeta. Y lo escribo con mayúsculas: Poeta. Porque para hablar de Dios, y para hablar del Reino y, hasta para hablar de la Cruz y de la muerte, tiene que hacerse sobre un bastidor bordado de belleza, de música y verdad.

Un poeta es un hombre que mira y siente y escribe. Un teólogo es aquel que cree y piensa y reflexiona. Se ha escrito que “el poeta persigue metáforas nuevas –el teólogo trata de ajustar más exactamente las suyas”.

Pensar que uno hace uso del corazón y el otro de la mente sería simplificar. Aun así, existen diferencias que todos intuimos, pero aquí interesa resaltar la suma de ambos, y la historia –y más en Salamanca– alumbra nombres propios que evocan la riqueza y brillantez de tal juntura. El espacio perfecto que forma la intersección de poesía y teología es lo que *Cruz de doble filo* nos regala.

La fe tiene mucho de ambas porque, aun siendo necesario su razonamiento teológico, la fe no existe sin la poesía, sin la gracia de la palabra creadora, el aliento que nos da la vida. No se puede ser hoy creyente sin razonar la fe, para lo cual se requiere algo de conocimiento teológico que permita defenderla. No se puede ser hoy un verdadero cristiano sin mirar evangélicamente el mundo en que vivimos, para lo cual se hace necesario el espíritu utópico de la poesía. En cualquier caso, el método teológico se ha definido como un triple paso, no siempre en este orden: la escucha de la fe, la fe en búsqueda de *logos*, la fe como acción. Y algo de todo ello podemos hallarlo en este poemario que se nos ofrece como una vía de acceso al misterio de la Cruz.

Desde esta doble perspectiva, a buen seguro que *Cruz de doble filo* no se puede escuchar o leer sin sentirse interpelado de algún modo. Quizás rozado, incluso, por sus espinas. Por otro lado, se atiende, el autor, a una literalidad consciente que hace probable que sea este poemario –desde cierta perspectiva– el más teológico de cuantos se han recitado ante el Cristo de la Agonía Redentora.

Desde el inicio el poeta se muestra fiel a la teología, para la que la cruz es mucho más que una talla. Un hombre solo, clavado en una cruz de madera en el vértice del tiempo..., y después la repetición por siempre de ese madero, y el riesgo o la tentación que esa reproducción nominal, distanciada de la experiencia personal, íntima y radical, supone: “y llamaré cruz/ a una talla,/ a una idea que esconde/ al exhibirse/ su verdadera realidad”, escribe Francisco García en el primer texto del poemario. Pero, también desde el principio, el tono de sus palabras

advierte de la dificultad de distinguir las voces del poeta y el teólogo en el hombre, en la voz lírica –y dramática– que subyace a los poemas.

Su desgana inicial desde el significativo primer verso –“No tengo ganas de cruz”– así como su rechazo de una determinada idea de la cruz, que en todo momento figura en minúscula y cuyas dos últimas apariciones (al final del poemario y en un contexto, como se verá, diferente al del resto de los poemas) responden a una actitud crítica respecto de la manera en que se entiende el acto de la crucifixión, por parte de la sociedad en general y, en parte también, de la Semana Santa. Casi una veintena de negaciones explícitas en los dos primeros poemas atestiguan lo que digo y paralizan al lector ante la irrupción de los versos de Francisco García en lo que hoy se denomina, con acierto pese a su reiteración, su zona de confort. También en la fe existe un espacio de bienestar en el que creyentes y cofrades nos llegamos a sentir “a salvo” de los deberes, exigencias y responsabilidades de una fe madura.

Tras este preámbulo, recibimos una metralleta sustantiva y adjetiva que desemboca al final del poema II en una afirmación y una pregunta literalmente cruciales: “Nada rima en la cruz./ ¿Qué puede rimar con la cruz/ si la cruz desarticula/ las palabras/ tanto como los huesos?”, nos dice Francisco García. Y empezamos a pensar que esta negación primera quizá sea una fase inicial del duelo –hasta acabar en la aceptación– que ya estableciera hace medio siglo la doctora Kübler-Ross, y que permite también a la voz lírica mantener (consigo misma, con Dios, con otros, o con todos a la vez) un monólogo, no terapéutico en este caso, sino revelador en su más amplio y enriquecedor sentido creyente. Y el poeta no tiene pensado esconder la culpa, la suya y la de todos.

La poesía de Francisco García es afilada con el mundo en que se erige la cruz ante la que recita sus poemas. Estamos ante el *poeta ante la Cruz* más desabrido de cuantos hemos escuchado y leído, y no por falta de sabor, que tiene mucho, sino por la aparente ausencia de bridas que sujeten sus versos. Podría pensarse que no es el teólogo el que habla con

este lenguaje punzante, que no es el teólogo quien manifiesta incapacidad para hablar “de tu cruz/ ni hablarte a ti,/ lúgubre crucificado”, si no fuera porque –como ha escrito González de Cardedal– “no hay teología, hay teólogos”, pues “un teólogo que no vive de su fe”, que no la ha hecho suya, personalizado, “no interesa a nadie”.

De ahí que la reticencia anterior a hablar de la cruz de Cristo que muestra la voz lírica de esta *Cruz de doble filo*, se deba a la indivisibilidad que para el poeta resulta hablar de la cruz “sin hablar de mí/ y de los crucificados/ olvidados de mis pasos,/ olvidados por este mundo/ nuestro”. Esta es, sin duda, la mejor prueba de esa *imago mundi*, o imagen del mundo que, en opinión del teólogo antes mencionado, tiene cada persona, “esa figuración de la realidad, es la que sostiene al hombre o le asusta”. Y resulta llamativa, por lo inserta que se halla en el imaginario colectivo de las sociedades actuales –tantas veces hemos visto la escena en las pantallas o, aun peor, en la realidad–, la significativa metáfora elegida por el autor cuando escribe: “Pero no he podido escapar/ y aquí me tienes,/ como el asesino que, con todos,/ ayuda a buscar/ el cadáver/ que él mismo ha escondido”.

Igual que la poesía nos permite dirigirnos al mundo y abarcarlo con palabras a pesar de su enormidad, su pesadez, su gravedad, también nos pone en la boca el modo de dirigirnos al Señor para mostrarle con belleza el desagrado en que nos deja nuestra limitación de cuenco hecho con las palmas de las manos que no logra evitar que se le escurra entre los dedos el agua de la fe. Tal vez debido a eso, dice el autor de *Cruz de doble filo* que Cristo no le ha dejado ocultarse, que no le ha permitido tampoco ocultarle a Él, y ni siquiera ha permitido “que cree/ un mundo ficticio/ para vivir al margen de la realidad/ crucificada de tu carne/ que es la carne del mundo”.

Mas se trata, líricamente, de apuntar a ese extraño juego de la fe de todo creyente inquieto que se pregunta, que se hostiga con la duda, y se niega y huye y es perseguido, y alcanzado y convencido por Dios de que la fe vale la pena. Con esa finalidad hace uso el autor de bellísimas

metáforas. Por ejemplo esta, que cobrará aún mayor sentido leído el último verso del poemario: “Has desnudado tu cuerpo/ y sus heridas/ y las heridas de mi cuerpo/ y de mi alma/ para que el encuentro sea real”. O esta otra: “Contaste hasta diez/ pacientemente/ para que comprendiera y yo/ como si fuera un juego/ de niños/ me alejé y me escondí/ en la profundidad de la superficie/ ingenua y vana de los días/ sin destino ni sustancia”. Mas los juegos acaban y el poeta percibe algo entre los versos oscuros: “Y ahora creo atisbar/ y no puedo esquivar/ tu mirada”. Y nos preguntamos si será realmente un cambio de actitud o un espejismo fruto del reflejo de un pensamiento inconsciente del autor.

Por otro lado, el poemario muestra una clara evolución. A medida que transcurren los poemas, esa cruz indeterminada de los primeros versos, pasa poco a poco a convertirse en “la cruz” posteriormente para, hacia la mitad del poemario, transformarse ya en “tu cruz”. Se entabla de ese modo, ya, un diálogo pleno de la voz lírica –el poeta– con Dios que antes tan sólo emergía ligeramente. Ahora sí, vencida la desconfianza primera, está el poeta ante la Cruz. Mas no por ello se rebaja un ápice el lenguaje autocrítico: “Tu cruz es el estercolero/ de nuestro afán de dominar,/ de nuestro impúdico deseo”, o incluso el empleado hacia una religiosidad popular que sólo vea en la cruz un mero elemento de atrezo de la imaginería semanaserana: “Tu cruz adornada/ por las velas y las flores/ no es tu cruz,/ que tu cruz/ no tiene adornos que la oculten”.

Con estos versos, tal vez *Cruz de doble filo* intente resaltar la fuerza y la importancia matriz de la fe (y la teología) con respecto a la Semana Santa y la devoción popular. Aunque, imposible también no decirlo porque lo hemos sentido y visto, hay certezas de la teología a las que resulta más fácil acceder a través de las sendas de la gracia que por los intrincados vericuetos del razonamiento. Como ensalzan los sinópticos: “Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla;” –e insisten–, Padre, bendito seas, por haberte parecido eso bien.

En todo caso, el poemario es un vivero de ideas e imágenes poderosas. Leemos al inicio del poema VI: “En tu cruz vuelve a nacer/ el caos sin forma ni figura/ del que Dios/ nos quiso proteger” y viene a mis ojos un cuadro de hace más de un siglo. Lo pintó el belga Henry de Groux y causó polémica desde su primera aparición pública. Titulado “El Cristo ultrajado”, mostraba a las claras ese caos del que habla el poeta; esa ferocidad animal desatada que torna la humanidad en algo ajeno a la gracia divina. Quien se sitúe ante él e intente imaginar auditivamente la escena no puede dejar de evocar otros versos, algo más adelante, en ese mismo poema VI: “Tu cruz no tiene ritmo/ ni belleza/ y la música de fondo/ que siempre la acompaña/ es un coro de gritos/ sin forma ni compás”.

Entre las dos estrofas antes citadas, el poeta ha escrito unos versos que, aunque aluden a la manifestación semanal actual de la Pasión de Cristo, evocan también, sin embargo, la procesión del poder, encabezada por Pilato, que el primer Domingo de Ramos había entrado por una puerta en Jerusalén mientras Jesús, sobre un asno, avanzaba igualmente en la ciudad por el extremo opuesto. En la primera Roma publicita su Imperio; en la segunda es el Reino de Dios lo que se anuncia. Esta, la comitiva del Reino avanza despacio entre cánticos de hosanna y alabanzas al Señor. La otra, al paso marcial, se mueve entre sonidos de batalla. Por eso, cuando Francisco García proclama: “Tu cruz no va nunca/ al ritmo de un baile/ acompasado/ con tambores y cornetas”, no rechaza –o no sólo al menos– esos sonidos de la vivencia semanal de la fe, sino que llama la atención al mismo tiempo sobre otras realidades diferentes de las que la fe celebra.

Llegados al ecuador de *Cruz de doble filo*, vuelve “tu cruz” a ser abismo –en torno a esa imagen comienzan los poemas VII y VIII– y laberinto. Y sólo al final del poema VIII da la sensación, por fin, de dejarse embridar esta poesía de Francisco García a la que antes nos hemos referido como ajena a toda ley del sometimiento y la conveniencia social. Con timidez e incluso algo aún de resistencia, al final del poema se ha producido otra pequeña

fractura en ese muro de cristal férreo, envuelto en negatividad y oposición que nos impide acercarnos a la Cruz sobre la que se erige nuestra fe. Acaba así el poema: “Por eso la miramos/ de lejos y con miedo,/ aunque también esperando/ un milagro,/ la fuerza de alguien que,/ allí mismo,/ atado a la nada,/ rompa la trampa/ y podamos escapar”.

Será en el poema siguiente donde el poeta se acerque, pudoroso aún, a la figura maltrecha que pende de la cruz protagonista hasta ese momento del poemario. “Y ahí estás tú” es su primer verso. Y entonces se suceden unas bellas imágenes en las que asimismo el autor trunca esa belleza desnuda de la mera comparación del Crucificado con un pajarillo o una mariposa –sin duda las dos palabras más claras y luminosas del poemario hasta el momento– con el desarrollo completo de la metáfora, que tiñe nuevamente el lenguaje de reproche hacia quienes han izado el cuerpo de Cristo al madero. No escatima crudeza el autor en sus ejemplos a la hora de reflejar su malestar por lo ocurrido, no renuncia a su dolor ni evita que oyentes y lectores se duelan con él. Mas no se salva a sí misma la voz lírica del incendio provocado por el poeta y sus palabras al acercarlas a esa escandalosa cruz incandescente: “Y ahí, a tu lado, –concluye Francisco García– sin apenas reconocerte,/ estamos nosotros,/ esperando en tu mismo cuerpo/ despojado de toda esperanza”.

Permítanme otra incursión en el arte. Hay un cuadro del retratista del siglo XVI Hans Holbein el Joven, titulado “Jesús muerto en la tumba”, del que la mujer de Dostoyevski recordaba haber oído decir a su marido que ante ese cuadro podía perderse la fe. Bien ha recalado la teología que era necesaria esa muerte total para que la Resurrección brillase como el mejor regalo de Dios al género humano. Tan total es esa muerte en la cruz (y el poeta lo señala doblemente, pues reitera en los poemas IX y X la última estrofa, con la única variación de la sustitución del verso final del primero por otros en el segundo, con un importante matiz), esa situación desesperanzada en que cuantos habían creído en Jesús se sienten ahora huérfanos de fe junto a su cruz, que escribe Francisco

García: “esperando en tu mismo cuerpo/ despojado de toda esperanza”. También el propio Cristo había gritado su sensación de abandono antes de morir. “Dios un instante ateo –ha escrito Olivier Clément– para que nuestro ateísmo también se llene de su luz”.

Será esa luz, que emerge de las más oscuras tinieblas, esa luz, tenue pero brillante, la que se anuncia precedida al inicio del poema X con una potente epífora (casualmente esta figura se conoce también con el nombre de conversión), y la que es seguida por una hermosa e inteligente imagen del sábado santo del creyente que sufre, como “parto/ interminable/ que se empeña/ en dar a luz una vida/ que no se quiere recibir”. Será esa luz, insisto, la que alumbre desde ese nuevo final de estrofa matizado en los últimos versos del poema X hasta la conclusión del poemario, que no será ya nunca el final sino el principio de la vida creyente. En este sentido, habremos de tener en cuenta que en Francisco García los matices no son correcciones de la escritura, sino mera evolución escritural, pasos sucesivos en la vía teológica y de la fe. Y desde esa perspectiva, se entiende esa variación a la que nos hemos referido y que dice: “esperando en tu mismo cuerpo,/ en ese cuerpo/ en el que tú sostienes,/ a duras penas,/ la esperanza de todos”, matiz importante, como decía, el apuntado por el teólogo aquí, sustituyendo el último verso del poema anterior por estos con la lucidez de la fe madura que triunfa y deja atrás la agonía de la duda: la esperanza persiste y nos abre a un mundo de Luz más allá de la materia.

Lo cierto es que bien intuye el poeta esa luz, pues instantes después irrumpirá entre sus versos: “a veces y sin saber cómo,/ tu cuerpo muerto/ se llena de luz/ resplandeciente y Dios/ parece decirse/ en cada poro de tu piel herida”. Las anáforas “A tu lado” y “Lo sé” embridan los poemas XI y XII, y el penúltimo poema comienza con la voz lírica sintiendo, y concluye anunciando la Resurrección. Así nos dice Francisco García: “Entonces siento,/ incluso si me inquieta,/ que en tu cruz está la vida,/ que en esa cruz nace/ la humanidad, que en esa cruz/ muere lo que nos

mata”. Y esto es lo que sabemos porque también nos lo han dicho antes los teólogos, que: “la cruz es la cuna del hombre nuevo”, en palabras de Ricardo Blázquez, y, del mismo modo, que “la respuesta definitiva de Dios al misterio del mal en el mundo tiene lugar en la resurrección del Crucificado”, según Gonzalo Tejerina.

Y todo son ya variaciones de esa terna de propuestas inicial, antecedida en el poema XII por ese elemento luminoso que anuncia la resurrección de Jesús, como también anunciara una luz su natalicio: Jesucristo es vida, incluso en la muerte; su muerte es un gesto que nos redime del pecado y nos devuelve al inicio de la Creación; y, ante eso, el mal y la muerte con él no tienen ya sentido ni poder. Es decir, la Cruz se ha hecho Palabra de Dios. La réplica, o la base teológica, a la profesión de fe que el poeta expone en esos poemas últimos la hallamos en unas palabras de González de Cardedal pronunciadas hace ya tres décadas: “La fe es luz, vida y justificación que Dios da al hombre antes que respuesta, forma de vida y acción moral del hombre para con Dios”.

Es ahora, también, cuando las palabras introductorias de la *Carta a los Hebreos* de Pablo de Tarso cobran sentido al recordarnos que la Palabra de Dios se dirige al corazón y no a la cabeza. Y, finalmente, es este el momento en que todo se convierte en una ceremonia de la Luz porque, como en Emaús, la poesía abre los ojos a la teología para reconocer al Jesús vivo que siempre ha estado ahí. Porque la teología es necesaria, pero la fe es don y gracia de Dios a quien Él ama, pues, como ha señalado Ángel Cordovilla Pérez, Él es quien “tiene siempre la iniciativa en el movimiento de la revelación”, como la tuvo Jesús desde el inicio de su predicación, y antes de constituir la Iglesia.

Y, en este contexto, el aprendizaje llega de la mano del corazón y no de la cabeza: “Y voy sintiendo,/ –escribe el poeta y teólogo– voy aprendiendo que tu cruz/ es la rendija/ por donde la claridad/ de la vida comienza/ a amanecer/ creando el mundo; que tu cruz/ es la obra del primer día/ en que Dios,/ frente a las tinieblas/ pronuncia su palabra:/ ‘Que haya luz’ ”,

escribe Francisco García. “Siempre la claridad viene del cielo”, nos recuerda la gran poesía, y por eso, también, cuando hace unos años se trató el tema de la Cruz en las jornadas teológicas que, desde hace medio siglo, organiza anualmente la Universidad Pontificia de Salamanca, el título bajo el que tuvieron lugar, nada casual, fue “La Cruz camino de luz”.

Y tras otra anáfora sombría, tres veces repetida para insistir en que la Luz vence a la oscuridad, el poeta se abre paso –como quien derriba un muro al tercer golpe, como quien se arrepiente de golpe al tercer canto del gallo– con una hermosa y acertada metáfora que expone, en el lenguaje humilde de la propia vida, toda la teología de la Resurrección: “Allí, en esa cruz/ donde injertas nuestros días/ en las llagas de tu cuerpo”. “Nuestros días”: el pasado y el futuro, la Historia toda; “en las llagas de tu cuerpo”: en la prueba visible de tu sacrificio –y resurrección– que se torna redención ante el injerto –y cuya narración por Juan ha permitido hablar hermosamente a Xabier Pikaza de una “mística de pascua”.

De este modo la Cruz, una cruz que no ha dejado de herir sino a la luz de la Resurrección, devuelve a la palabra *filo* su sentido etimológico (de *hilo* que divide) convirtiéndolo así en permeable frontera con la Gracia, en puerta hacia el Paraíso otorgado al Buen ladrón. Pues, de nuevo un teólogo:

Sólo la resurrección revela el significado de la cruz y garantiza el triunfo final del bien para vivos y para muertos, sólo una justicia divina, con poderes sobre la muerte y sus aliados, el pasado y el olvido, está en condiciones de rehabilitar realmente a las víctimas del mal como también no creyentes reconocen.

Y habiendo saltado de la razón al “Entonces siento” en el penúltimo poema de esta *Cruz de doble filo*, también la teología se abre permitiendo el paso al corazón, al sentimiento que da lugar a la emoción final cuando, en XIV escuchamos a Francisco García reconocer: “Y el mundo tiembla/

de alegría./ Y yo tiemblo/ con él”, y ese temblor es ya poesía pura sin resentimiento alguno; es fe cristalina no razonada sino sentida ya; es la exposición de la fe que se define como “el principio del conocimiento del Dios revelado que presupone la razón” en palabras del teólogo Ángel Cordovilla. Es entonces cuando, con una fe propia ya como la que el poeta ha obtenido a base de ir puliendo ante la Cruz su teología, estamos dispuestos para ir al encuentro; desnudos, heridos, pero sabedores y sintientes de que Él es el vestido y la cura de todas nuestras carencias. Y ahí está nuevamente el sustrato teológico recordándonos que la resurrección del crucificado es la victoria sobre el pecado que nos abre de nuevo las puertas al paraíso.

Como una letanía, la anáfora –verdadera protagonista retórica del poemario– se convierte también en estos últimos versos en recurso pedagógico que ayuda a comprender lo que se expone, y, a la vez, permite una puesta en escena adecuada en este instante final en que voz lírica y poeta concluyen el acto. Una puesta en escena sosegada, como gesto primigenio de primer discípulo que deja las redes; silenciosa, acorde con el momento epifánico al que todos acabamos de asistir: “Por eso voy despacio [...] Por eso,/ solo lentamente,/ buscando una confianza/ casi siempre esquiva,/ voy dejando/ mi ropa a un lado”.

Si “creer es penetrar en las entrañas de lo que meramente sabíamos”, podemos afirmar que, en este acto del Poeta ante la Cruz, Francisco García –poeta y teólogo por dentro y por fuera– sumerge al oyente en las entrañas de la fe haciendo profesión de aquello en lo que cree con *Cruz de doble filo*. Con toda razón se ha escrito que “de Jesús, Cristo e Hijo, dan testimonio hombres antes que libros: experiencia entrañable antes que ciencia”. Parecido salto, en definitiva, dio Job al pronunciar estas hermosísimas palabras que sellan el definitivo encuentro que todo creyente anhela: “Te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos”.

Asunción Escribano